

nores: amigo suyo fué Paulino, cuya facundia hemos admirado, y cuyos versos tanto encomian sus mismos enemigos, cuya conversion tanto sintieron los paganos y celebraron los fieles; aquel Paulino por cuya vuelta al paganismo tanto suspiraron los bates de la idolatría, y por cuya apostasía rogaron á las antiguas deidades tan encarecidamente; y cuyo elogio, mejor que nuestra pluma, lo dice el sentimiento de los gentiles y los encomios de los Padres.

Amigo de los precedentes fué S. Severino, autor del poema bucólico de *Morte Boum*, el primero que en su género compusieron los cristianos, y que no carece de belleza y originalidad. Llegamos á Aurelio Prudencio Clemente, que consagrado al trabajo despues de haber obtenido los primeros empleos civiles y militares, empleó la poesía contra los herejes, haciendo servir para cantar las verdades eternas la misma cuerda que, bajo la inspiracion de Apolo, publicó el error, la lascivia y la depravacion. Contra los sabelios escribió la *Apoteosis*; contra los marcionistas y maniqueos el *Origen del pecado*¹; dedicó contra Simmaco dos libros y un resumen de la Historia santa en cuarenta y nueve cuartetos. Luego sus dos colecciones de poesías líricas, el *Cathemermon*, que son doce himnos para diferentes horas y fiestas; y ca-

¹ Amartinegencia.

torce en honor de los mártires que tituló de *Coronis*. El de S. Hipólito en nada es inferior á las *Metamórfosis* de Ovidio, y en los demas se encuentran pasajes llenos de gracia y ternura, en que se deja sentir toda la dulce hermosura de la uncion cristiana; en una palabra, todas sus composiciones hacen conocer en él el querido de la musa cristiana, el émulo de los antiguos vates; el hombre, en fin, que eclipsa su estrella y hace marchitar sus coronas.

S. Próspero, de Aquitania, tambien se consagró á la poesía, y sus epigramas, sus himnos, si no tienen el mérito de los de Prudencio, no carecen de bellezas; pero la obra suya que mas celebridad le ha dado, es su canto sobre los ingratos, escrito contra los semipelagianos, por haberle resucitado los jansenistas del siglo pasado, creyéndole favorable á sus ideas. Sidonio Apolinario compuso á los veinticinco años el panegírico de Avito, que le valió una estatua; obtuvo los primeros puestos del Estado, pero ávido de entregarse al estudio, huyendo de las ciudades, se retiró al valle Cambon en la Auvernia, donde vivió ni envidioso ni envidiado, gozando las delicias de la soledad acompañado de su familia, consagrado enteramente á las letras: sus composiciones nos hacen una pintura de la civilizacion romana en las Galias, y en aquella soledad ve el imperio que se desmorona y la literatura que se corrompe, deplo-

ra el barbarismo que se introduce y alienta á los que aun conservan la fuerza del idioma, á reunir sus esfuerzos para salvar á lo menos del desastre general las letras. Obispo de Clermont, acreditó su amor á la patria y su caridad. Sus composiciones revelan imaginacion y nervio, y aunque con algunas imperfecciones, fueron reputadas escelen-tísimas por los romanos y por los bárbaros. El *Finix* colocó á Lactancio en el número de los poetas, aunque la crítica atribuye sus poemas *la Pascua y la Pasion de Cristo* á Venancio Fortunato, que vivió en el siglo VI. El español Juvenco versificó la Biblia y los milagros de Cristo, conservando el testo sagrado con la mayor fidelidad, y Commodiano hizo un poema contra los paganos, en el cual las iniciales de cada artículo forman el título de la obra, y en los exámetros no tiene en cuenta la cantidad de las sílabas, sino su número. Sedulio nos admira en sus himnos, y el *Gloria in excelsis* de S. Hilario, siempre será un buen modelo en su género.

Tampoco fueron las novelas estrañas al cristianismo: la que lleva el título de *Historia de Teagenes y Caridea*, compuesta por Heliodoro de Eme-so, tiene un orden excelente, una distribucion feliz, sucesos nuevos y verosímiles, episodios bien conducidos, costumbres y caracteres bien sostenidos y un desenlace natural, y es tanta su belleza, que no solo ambicionaron imitarla los griegos, si-

no los modernos del renacimiento. Tacio, de Alejandria, aunque inferior al precedente, merece un lugar en este escrito, y sus *Aventuras de Leucipo y Cletofonte* revelan genio y son la base sobre que han girado todas las composiciones del género satírico. Chariton de Afrondisa, cuenta los amores de *Chereas y de Callirhoe*; el egipcio Eustasio la *Ismenica*; Aristeneto de Nicea, escribe sus *Cartas amorosas* llenas de espresiones galantes y de ternuras, y Longo nos deja en sus *Amores de Dafnis y Cloe*, una obra tan rica y de graciosos detalles, que vienen á formar un prolongado idilio, y tanto, que la moderna *Pablo y Virginia*, se cree es una inspiracion suya.

Hemos visto la animacion con que se desenvolvía la nueva sociedad, y hemos contemplado la vieja tocando á su fin; pero tan débilmente, que ni aun aliento tiene, como la luz, para brillar y morir. Hemos reseñado los literatos, los oradores y los poetas, los que morian y los que empezaban á vivir; y no hemos podido menos de admirar la actividad de los unos y el marasmo que aletargaba á los otros. Los poetas cristianos, es verdad, no hicieron mas que imitar á los clásicos en las descripciones, en las narraciones, en las composiciones didácticas ó emonisásticas: continuaban siendo antiguos, tanto en la forma como en las imágenes y en el estilo, salvo que sustituian á los asuntos profanos la santa Escritura, las vidas de

los santos y las virtudes cristianas. El juvenil tronco rechazaba aquel heterogéneo ingerto; de consiguiente, cada vez que los escritores sucesivos querian recurrir á los mismos medios para dar un color poético al cristianismo, hubieron de persuadirse que no lograban producir nada que fuese original ni grande.

Abandonándose, no obstante, otros, á la expresion de los sentimientos personales, abrian una nueva carrera engolfándose en la poesía lírica, que nunca, ó casi nunca, habia espresado entre los latinos los sentimientos interiores, ó solo por la imitacion se habia sostenido. Y es que el cristianismo, religion íntima en un todo, con sus sublimes modelos en los profetas, en los salmos y en los cánticos repetidos á coro para esplicar la alegría y la tristeza universal, podia dar nacimiento á una poesía original y espontánea, y llena de entusiasmo.

Esta poesía tomó un vuelo cada vez mas atrevido, cuando obtuvo la paz la Iglesia y cuando los cuidados de Dámaso, Ambrosio y Gregorio dieron reglas para el canto. Algunos himnos cantados por la Iglesia, todavía sostienen el parangon con las mas bellas odas de los clásicos, si no por la elegante pureza de la lengua, de seguro por su empuje poético y por la profundidad del sentimiento.

Destinada esta poesía, no á los placeres de un

corto número, sino á ejercer su influjo sobre todos; no á ser leida en el gabinete, sino á ser cantada al aire libre, tuvo que alejarse de las formas de la lírica pagana; adoptó, pues, las mayores libertades respecto de la lengua y del metro: traspasó las severas reglas de la prosodia y del ritmo, hasta el instante en que el acento prevaleció enteramente sobre la cantidad, y produjo la versificacion de los modernos. El uso á que estaba destinada, determinó la eleccion del metro, haciendo dar la preferencia á las estrofas de cuatro versos, y á los yambos de cuatro piés por acomodarse mejor á las sencillas cantinelas del coro.

Encuétrase asimismo la gravedad solemne y la majestuosa fuerza de la musa latina en la poesía descriptiva, cuando no está sobrecargada de detalles inútiles y estraños, como en ciertos panegíricos de santos. Ademas, para dominar al lector, reina en ellas un sentimiento profundo, tan distante del desabrimiento como del énfasis, y del cual no distraen á uno aquellas pinturas, cuyo único objeto es poner de manifiesto el arte del pintor, y en que se detuvieron esclusivamente los poetas profanos de aquel tiempo.

Si los poetas griegos resplandecen por el brillo de las ideas, por la osadía de la imaginacion, por la gracia, la dulzura, la abundancia propia de su lengua, tan bella entre todas, los latinos son mas sencillos, mas majestuosos, y hasta diriamos mas

íntimamente creyentes; y esto era precisamente lo que se necesitaba para cantos destinados á sostener el valor en penosas luchas, primero contra una persecucion encarnizada, despues contra las calamidades acumuladas sobre nuestras comarcas.

Mueve á asombro cuanto hay de vida, de armonía, de movimiento en la sociedad religiosa, en el momento en que la civil yace inerte, y descomponiéndose de dia en dia. Entre los hombres de letras paganos hemos hallado gramáticos helados, retóricos locuaces, fútiles cronistas, poetas de epitalamios é idilios, cuanto puede existir con la depresion moral y la servidumbre. Entre los cristianos hay filósofos, hombres políticos, oradores que agitan las cuestiones mas elevadas; y la mayor parte de los que escribian así, obraban tambien: eran obispos, filósofos y hombres políticos al mismo tiempo, consagrados á la meditacion y á la accion, á convencer y á gobernar. Por eso sus escritos se resienten algunas veces de precipitacion, compuestos como son por las circunstancias, y para resolver cuestiones apenas nacidas; pero estas cuestiones se hallan ventiladas con la libertad de que absolutamente carece la literatura pagana, porque apenas se suscitaba una duda sobre un punto, aun no bien esclarecido, era discutido donde quiera hasta que la decision se pronuncia, y queda reducido á dogma.

De la simple esposicion de los hechos resulta, pues, que el cristianismo restauró la literatura, y los sacerdotes la elevaron á una dignidad admirable; y como el objeto á que la consagraron era un objeto grande, sublime, heroico, se prestaba á recibir todos los adornos, y la imaginacion tenia muy mucho en que ejercitarse si habia de buscar flores adecuadas á su grandeza; así, pues, se espaciaba en todas direcciones y nada encontraba suficiente á sus deseos. Yo quisiera en este momento que los acusadores del clero me dijeran si la literatura habia perdido bajo el influjo sacerdotal, y si la musa cristiana tiene inspiraciones menos graciosas, menos delicadas, menos enérgicas que la gentil; si la voz que tronaba en el capitolio ó en el Areópago es menos digna y noble en el Vaticano y en los concilios; yo quisiera que me dijeran si los melodiosos acentos que adormecian bajo la influencia de Apolo, ó embriagaban de amor y de placer, ó llenaban el alma de heroismo y valor bajo la inspiracion de Talía, Erato, de Terpsícore, ó de cualquiera de las nueve doncellas del Parnaso, son menos seductores, menos halagüeños, menos dulces bajo la inspiracion de María, y menos fuertes, nobles y enérgicos, bajo la del Dios del Calvario: pero ya veo que las almas corrompidas gozarán en aquellas, mas las almas puras, de corazon sencillo, hallarán en éstos su placer y su entretenimiento, su esperanza y su

consuelo: ya oigo que los críticos mordaces y empíricos elegirán lo primero, pero veo en la parte contraria las personas morigeradas, de creencias sólidas y sanos principios, y esto me consuela aun cuando haya de sufrir por ello la nota de fanático y de poco ilustrado, porque al fin llegará un día en que, mal que á todos nos pese, hemos de confesar que no hay ciencia sin el temor de Dios, y ese día es el del triunfo del clero, el de su victoria; victoria eterna que llenará de confusion á sus enemigos, y de ignominia á sus detractores, porque es el día en que hemos de ver la verdad sin celajes, y ha de aparecer el sacerdote lo que es en sí, lo que fué siempre, lo que será, como el mejor amigo del hombre, como el mas celoso campeón de sus derechos, como el único protector de la civilizacion.

No habremos de concluir este capítulo sin decir algo acerca de la debatida cuestion sobre la lectura de los clásicos, afirmando desde luego que tienen grandes bellezas que deben conocerse, meditarse y aprenderse: no desconocemos tambien lo peligroso que son en manos de la juventud, pues desde luego se acostumbran á una lectura libre, nada religiosa, sembrada de errores y de precipicios que es necesario evitar, y así, para no privar á la juventud de sus bellezas y evitarla sus precipicios, creemos lo mas seguro, que se deben comentar con notas que aclaren su sentido é im-

pugnén sus errores, y darles, aun así, lo menos posible á leer, y siempre en aquellos puntos que ofrezcan menos peligro, y cuidando al mismo tiempo que no por leerlos se olviden de las lecturas de las obras de Paulino, Prudencio, Próspero, Sedulio, Ambrosio y tantos otros ilustres poetas del cristianismo, á fin de recomendar sus escritos, ya que no sustituyan enteramente los de los paganos con frecuencia inmorales y siempre frívolos, á lo menos que no se descuiden los cánticos piadosos y las exhortaciones de la fé, de la esperanza y de la resignacion, y que no les sea mas conocido el nombre del impúdico Ovidio, que el del piadoso y dulce Paulino, ó del armonioso y elevado Prudencio.